

ROSA

¡Buen Día! Era el saludo, y la sonrisa detrás,
Que, en el ingreso a la Catedral, era imposible no dar,
Porque allí Rosa con su queja, empezaba a contar,
Que la niña mal vestida, quería osada entrar,
Y que ella no permitía, faltar el respeto, así nomás.

Además, que la doñita, se ponía a charlar,
Con la comadre del barrio, solo para chismear,
Eso no estaba permitido, debían ingresar a rezar,
Porque para eso es la Iglesia, y no para criticar.

Rosa en su media lengua, me hacía comprender,
Que al templo se lo respeta, en todo tiempo y lugar,
Yo tratando de calmarla, le decía que no renegara más,
Que los grandes problemas, la iban a enfermar.

Era tan grande la estima, que nos supimos dar,
Que cuando me ausentaba, porque no estaba en la ciudad,
Ella al verme nuevamente, se alegraba de verdad,
Y ya no me daba quejas, solo halagos por verme llegar.

El afecto al ser mutuo, se engrandecía cada día más,
Si ella estaba hablando con alguien, yo esperaba turno para saludar,
Era mi amiga sincera, muchas veces me confesó,
Lo que su corazón sufría, por la falta de respeto, que, a diario, recibió.

Así pasaron los años, días y días de conversación,
Hasta que de repente, mi amiga desapareció,
No tenía a quién preguntarle, pero como la Ciudad es chica, se comentó,

Que Rosa estaba enferma, pero que quería regresar a su cómodo sillón.

A partir de ese instante, mi plegaria se extendió,
Por la salud de mi amiga Rosa, y Dios no me respondió,
Porque era su deseo, de llevarla junto a Él,
Para que no sufriera tanto, y por fin gozara la miel,
Que le tenía reservada, desde el momento de nacer.

¡Hasta pronto amiga, Rosa! Ud. se adelantó nomás,
Ya volveremos a encontrarnos y juntas en el más allá,
¡Nuevamente reiremos, toda la eternidad,
por todo, y por nada, pero reiremos de verdad!